

El Autor y sus lectores

para Francisco Alderete y María Teresa Amor

Esta lluvia que ciega los cristales
Alegrará en perdidos arrabales
Las negras uvas de una parra en cierto
Patio que ya no existe. La mojada
Tarde me trae la voz, la voz deseada,
De mi padre que vuelve y que no ha muerto.

Borges

1.

Algunas semanas después de la muerte de Matilde Paez, sus tres sobrinas volvieron a Luján por última vez. Ana, Jacinta y María llegaron solas hasta la puerta detrás de la que Matilde Paez había atravesado una demencia tremenda y dichosa acompañada por la presencia constante de muertos queridos que le ofrecieron una felicidad inmerecida hasta su atardecer último.

El horror la visitó una sola vez pocos días antes del final cuando los truenos de una tormenta estival la devolvieron por un instante monstruoso a la cordura. Por un

momento único que tuvo como posible fin hacer justicia por inequidades que ya a nadie le interesaban, la mujer se entendió perdida en una luminosidad inmaculada que confundió con una oscuridad funesta. Pero salvo ese momento de claridad brutal, los años últimos fueron faltos de los escrúpulos que prodiga solo la memoria.

El tiempo de Matilde Paez fue falto de consciencia y esa falta la privó de vejez, la privó de la memoria ambigua de los duelos y le devolvió todo lo que más había querido, incluso las manos tibias y los ojos azules de su madre, Jacinta.

Empezando en el aire mustio de la habitación del fondo en donde Matilde Paez había dejado suspendido su último aliento en la penumbra fermentada bajo el cortinado, Ana Lozano, María Minelli y Jacinta Coria se movieron por la casa con tesón y método desmantelando a lo largo de tres días de intensa labor los anales de la familia Páez Lozano que habían sido contruidos por la labor infatigable de la desatención cotidiana de casi un siglo de vida familiar.

Para escaparle a ese primer instante colmado por la certeza de un final más amplio que el de una vida ("Se murió Matilde Páez" pensó María), las tres mujeres se pusieron en

movimiento simultáneamente arrojándose sobre las tareas que instintivamente sabían capaces de desdibujar la tristeza crepuscular del paisaje doméstico extinguiéndose. Ana en la ventana abrió las cortinas y en el instante en que el sol diagonal del invierno les hacía a las tres hermanas la habitación irreconocible, María que veía amanecer sobre los montes y valles del viejo edredón de lana, comenzaba a desarmar la cama donde las huellas del cuerpo de Matilde eran todavía visibles.

La casa de Luján estaba dividida en dos territorios colindantes, ambos alcanzados por la voz distante y monótona de la radio que hacía muchas décadas había sido nueva y cara y que desde la partida de Ana Lozano a la capital, desvariaba sola en la cocina día y noche sin importarle si alguien escuchaba o no.

Uno de estos dos territorios, la provincia menor, comprendía los paisajes cotidianos de los últimos años de Matilde. Las cosas, en esos parajes, mostraban señales claras de uso cotidiano. El otro, mucho más extenso, pero igualmente archipiélagal y abandonado por el presente, estaba poblado de una multitud de memorias y respiraba detrás de puertas cerradas hacía ya muchos años. Al final del día las tres hermanas se retiraron a dormir a sus

habitaciones de infancia y abrieron los primeros resquicios en la frontera entre la región del olvido y la región de la memoria.

La casa hacía alarde de una prolijidad austera que Matilde, como guardiana de la majestad de una gran institución de estado, durante años se había ocupado escrupulosamente de cuidar. Esta asepsia institucional hacía los rastros de habitación humana que la última de los Páez había dejado atrás después de su muerte tanto más visibles. Cuando a mitad del segundo día, habiendo empacado la modesta colección de platería, únicas reliquias de un pasado distante de afluencia que hacía generaciones nadie en la familia recordaba, Ana Lozano se encontró con una taza enlozada con los restos del último mate cocido y una cucharita dentro de la pileta de la cocina, se creyó llamada por nombre y sintió la desazón de ser testigo de un fracaso insondable y de los ecos de la envidia que produce en en el cautivo la libertad ajena.

Durante ese segundo día las tres hermanas fueron descubriendo ocultas bajo el rigor de la pulcritud esmerada que el tiempo ya había comenzado a erosionar numerosas colecciones, algunas reunidas para saciar necesidades futuras, otras, como la de los pañuelos de mujeres muertas, para preservar

la huella de la lágrima o del rubor insustituible que guardaron. Varias docenas de bolsas de plástico de diferentes tamaños y transparencias ocupaban la extensión total de un cajón bajo la mesada de la cocina. Suficientes cucharas para alimentar una mesa colmada de comensales. Portadas de discos de pasta y de vinilo con peinados extravagantes y cabezas engominadas.

Al abrir la puerta del baño de adelante, Jacinta se topó con una multitud de frascos de vidrio ordenados en hileras de cinco sobre el piso de azulejos turquesa que parecían esperar hacía tiempo con lealtad canina que alguien abriese la puerta. Zapatos de muchos pies, algunos de tiempos remotos que después de pasar de moda habían vuelto a estar en boga, otros con suelas gastadas por muchos días de uso ininterrumpido, todos arremolinándose en una caja de cartón entre los cuales Ana reconoció los esarpines rosa de los pies de María cuando todavía eran diminutos. Todas estas cosas y muchas otras fueron capturadas en su entorno natural para ser clasificadas, divididas y redistribuidas. En un cuarto en donde ya no quedaban rastros de la sala de estar salvo el cuerpo inerte del televisor sobre la mesa donde pasó sus días de gloria, una pila de cajas fue destinada a las cosas con las que

quería quedarse Ana, una segunda a las que Jacinta se llevaría con ella a Caballito y en una esquina varias bolsas de consorcio se fueron llenando con las cosas que ya no podían hacerle promesas a ningún Paez Lozano. María no quiso nada.

2.

La puerta del taller de Blas fue solo abierta dos o tres veces en 20 años y nunca por más de lo que necesita una mirada austera para medir las posibles turbaciones de lo inmóvil. Fue María la que le restituyó a la casa el pequeño cuarto donde los días de su padre se habían desecho al resguardo del silencio con el que se protegía de todas sus mujeres. La luz del sol desmembrada por las perforaciones de la persiana metálica dejaba entrever las antiguas tierras. Todo era reconocible incluso deformado por los gestos de la tristeza permanente en la que el paisaje se mantenía desde la partida del soberano, señor de estas comarcas.

Entre las astas de luz, María vio sus varias edades correr por las márgenes de las edades pedregosas, perpetuas, de su padre al borde del banco de trabajo. Fue en esa hora que

comenzó para María el duelo por tantos años postergado.

Blas empequeñeciéndose curvado sobre listones de maderas enrojecidos en la luz del atardecer. Blas girando por un momento la cabeza buscando junto a la puerta a su hija pequeña que intentaba en esa distancia trazar el silencio que separaba a la casa del taller. Blas mirando por la ventana, detenido en un gesto adusto que guardaba una pena que María conocía desde siempre pero que solo creía comprender ahora. Blas sonriendo con los ojos marchitos desde el otro lado de la pena el día que María vino a decirle que se iba a Buenos Aires. Las manos ásperas del padre en la transubstanciación de la caricia que le sacaba el flequillo de los ojos y con aliento tibio le soplabla la frente para regalarle un destello de la calma de la brisa. Y después Blas acorralado por una soledad postrera de la cual también María era una de las tantas madres. Blas pensando. Blas escribiendo notas perdidas con una birome azul. Esta era por el momento su herencia: el desdén que sabe de la memoria deshonorada y del amor mal correspondido que es el acto propio de todo parricidio, mantuvieron a la hija casi vieja inmóvil frente a los ayeres que se rehusaban a ser desatendidos o desechados con los

martillos, los frascos con clavos oxidados y los retazos de papel de lija.

Buscando refugiar la mirada en algún recoveco de esta capilla ardiente en donde retumbaban todavía los pasos sencillos de un hombre por tanto tiempo olvidado, María despertó sus muchas ausencias que ahora hablaban todas a la vez. No solo la hija recordaba todas estas formas de su padre, sino que también conjuraba los recuerdos de Blas de los que otros pudieron haber dejado constancia. El recuerdo amable de Minelli volviendo sobre la calma resignada de su suegro frente a la muerte, la memoria incierta de una salvación o perdición ética que había persistido en boca de Ana por años y la felicidad inequívoca de la cola de un perro que María no podía precisar cuál era. El recuerdo de Blas entre las manos de viejos amigos de nombres olvidados cuando recibieron la noticia de su muerte acariciados suavemente por una tristeza amplia pero sin filis. Metales y maderas esperando el regreso de la mano diestra que hacía años no agarraba y del ojo atento que hacía años no veía. Herramientas huérfanas de maña y de pericia. La vociferación de mil silencios que se alzaban todos a la vez.

Tardó una tarde entera en desarmar el taller abriéndose paso entre la desolación que le provocaba saber que borraba con sus propias manos los últimos rastros materiales de los días y las noches de su padre. El santuario que primero la malicia de su mujer había ayudado a construir y luego la desconsideración su cuñada habían sabido preservar, en su luto tardío, su hija venía a deshacer.

Las cosas que sin haber sido movidas del lugar donde Blas las había dejado hacía casi tres décadas, finalmente parecían abandonar la espera al entender que Blas ya no volvería. Para el final de la tarde solo quedaba el gran banco de trabajo que Blas mismo había construido de los retazos dispares de madera sobrantes de otros encargos y que sin destino conocido se llevaría un flete antes del fin de semana. En dos de los tres grandes cajones la hija encontró otras tantas expresiones de la ausencia pero éstas más diminutas e imprecisas parecían hablar con una voz más familiar que las imágenes inmóviles de tiempos remotos agarradas a las tantas prendas de labores prometidas. Un par de biromes sin tapa, algún tornillo huérfano, un paquete de 43/70 a medio fumar hacía tres décadas, encendedores, algunas pilas viejas, un sujetapapeles, algunos recibos de pago y

los anteojos rectangulares de falso nácar que normalmente le colgaban a Blas de la punta de la nariz y por sobre los que extendía la mirada para hacer caso renuente a interrupción o visita.

María reconoció la cara de su padre detrás de los anteojos y por un instante se sintió vista. Le imaginó una sonrisa que sirvió para aplacar la impresión de haber perturbado la calma del trabajo absorto de décadas con la que la paz eterna de Blas aprendió a convivir bajo el mismo techo con el tedio continuo de los días yermos de Matilde.

Páginas amarillas y páginas blancas, una sobre la otra, que ocupaban la anchura y el alto total del tercer cajón del banco de trabajo le provocaron a María , que esperaba una última palabra, un último gesto cálido de despedida o una gran sorpresa como las de las navidades y cumpleaños de la infancia, una desilusión dolorosa. "Blas se va sin despedirse", pensó. Pero la aflicción fue bruscamente interrumpida por el destello de una pila amarillenta de papeles desalineados que se dejó ver en la oscuridad distante de la parte de atrás del cajón al sacar la primera de las dos guías telefónicas. Los papeles colmaban la anchura y el alto total de la segunda mitad del cajón. Quizás sin saberlo

pero intuyendo la proximidad de las palabras del padre germinadas en la oscuridad, María fue abrazada por una felicidad muy antigua que le parecía haber conocido en el final de las tardes de la infancia. Esa felicidad era el gesto involuntario de ojos y manos floreciendo en el regreso del padre al final del día.

Sacó la colección del cajón e intentó restablecer el orden golpeándola de canto sobre el banco de trabajo vacío. En una hoja que desobedecía al borde impreciso de la pila, María leyó la palabras *el Rosario* en letra del padre y reconoció la voz excéntrica con la que Blas, con las palabras aprendidas de su padre, llamaba a la ciudad todavía cuando ya nadie más lo hacía.

Apoyó la pila de papeles con su carátula muda de renglones vacíos sobre el banco y se detuvo a mirar la calma ajada y media marchita de todos esos papeles y sus promesas reclinadas sobre la madera amarilla en el que el sol oblicuo labraba vetas repentinamente ocres. En el cuarto vacío, las espera plácida de esas formas imperfectas con sus superficies alisadas por manos y tiempos largos le mostraban una forma modesta y pura de resignación con la que mirar lo que sabía era el último atardecer de su casa.

3.

Con las 500 hojas escritas a mano, al dorso y reverso, volvió María a Caballito. Sentada a la mesa de la cocina con el té de la mañana siguiente, pasó la mano sobre la voluminosa resma de lo que supuso era un gran catálogo de trivialidades: notificaciones, recibos, notas raudas garabateadas para suplir las imprecisiones de la memoria, mensajes espartanos y cartas extensas donde se habían apilado novedades antiguas y recientes de la vida de algún primo seguramente ya muerto, prendas de afecto, indicios de ideas concretadas o truncadas y otros retazos honestos del tedio cotidiano que es la verdadera materia de la que están hechas las horas de una vida y las añoranzas que dejan en su estela.

Al pasar el papel amarillento que servía de tapa, la voz de Blas salió a su encuentro pero no le hablaba a ella:

"Onfrey, querido. Ya no somos los mismos y estos papeles no son para vos. Se los escribí al Onfrey del Sant Ciaran y a mi perro azul. Los dos se fueron con vos, Onfrey, querido. Así que vos heredás la confianza de las únicas dos grandes

amistades que conocí. Cuando tengas tiempo léeselas a los dos. Firmado, Blas."

Si la voz le era familiar, la calidez serena de la hora de amistad en la que las palabras no están atenuadas hasta lo inaudible por el temor y el recelo de los días de Blas en Luján, le resultó desconocida. María se preguntó si tenía memoria o acaso había alguna vez escuchado la voz de su padre antes de que fuese capturada por la tristeza perpetua. Se preguntó quién sería el tal Onfrey y cuál sería la historia del perro azul que su padre debió abandonar.

Al pie de la segunda página en una caligrafía que hacía alarde de ser hija dilecta del esmero y de la buena educación, María encontró la no menos misteriosa respuesta:

"Lozano, hermano. Gracias por devolverme al Onfrey del que me había olvidado. Ahora puede descansar mi memoria. Te devuelvo tus recuerdos y las esperanzas que perdiste. Onofrio."

En la siguiente hoja nacían grávidas de una larguísima rapsodia biográfica las casi mil páginas de *Las horas de Gaspar Reyes*, que se presentaban, como siempre ocurre en los oficios literarios, como un simulacro de ficción bajo la presunta autoría de un nombre perfectamente probable, uno de esos nombres que como Gaspar Reyes imponen no una

incógnita sino una duda y fuerzan a la memoria a buscar en las opacidades del tiempo sedimentado lo que nunca se termina de establecer con certeza si es efectivamente un recuerdo falso o un recuerdo perdido. María leyó el primer párrafo:

"Soy ahora un larguísimo silencio. Soy ahora el silencio que cultivé y del que me alimento y en el que vivo. Lánguido y baldío. Lo que pudo haber sido una soledad tibia y fértil resguardada por los libros que mi juventud atesoró, por las melancolías de Rameau, por mi perro y por mi pipa es hoy un páramo que se extiende con los reflejos involuntarios de la memoria que aumentan la miseria cuando, de vez en cuando, recuperan algún destello de días felices. En este larguísimo silencio se escuchan fantasmales los ecos de algún verso de Racine recitado en las vísperas del recreo de una clase de francés o de una pequeña frase de una gavota que hace décadas no volví a escuchar. En ese silencio también respira en su sueño siempre liviano y siempre atento mi perro Sultán, debajo de la silla sobre la cual yo fumaba y esperaba la llegada del amor. Mi nombre es Gaspar Reyes, como algunos habrán adivinado, pero en mi silencio solo tengo un apodo maligno que fue lo que el amor que esperaba me trajo cuando

finalmente llegó. Rejuntando estos retazos de mis horas, puedo reconstruir el cautiverio que ya ni yo reconozco y la epopeya de mi liberación inerme que emprendo a diario en estas páginas."

Ahora Blas se presentaba con nombre y hábitos desconocidos pero ataviado de su familiar tristeza. La mujer se sintió desorientada como en un sueño en que gestos y voces de la más profunda intimidad brotan de un rostro irreconocible.

"Las lecturas apasionadas de mi juventud" decía la siguiente frase "al abrigo de las ideas exquisitas de mis maestros, desde siempre y para siempre viejos, me enseñaron a construir mundos en donde puedo elegir mi nombre y me enseñaron a disfrazarme de ideas que nadie hoy puede sospechar sean mías. Quizás, después de todo, no soy realmente Gaspar Reyes pero no habiendo ya nadie a quien mentirle, ese detalle es trivial."

Gaspar Reyes había dividido sus horas en tres grandes regiones de tiempo que, bajo los nombres ambiguos de *Luján*, *Ferro* y *el Rosario*, brotaban de la pequeña habitación en donde escribía las primeras páginas asediado desde hacía una aparente perpetuidad por cuatro paredes pálidas y lacónicas y donde María creía haber estado alguna vez. La vista de

Reyes buscaba ávida y malsufrida una ruta de escape yendo y viniendo incesantemente hasta detenerse finalmente en alguno de los dos o tres objetos con los que el hombre compartía sus tardes.

Pensó la lámpara mustia de media tarde encendida a media noche, y sin esfuerzo alguno, transfiguró la medianoche de la habitación en todas las mediasnoches de la habitación que al instante se volvieron todas las mediasnoches del resto de la casa esperando la mañana en una angustia silenciosa que auguraba el regreso del tormento cotidiano.

Deambuló por la casa a tientas pero en vez de regresar a la habitación con su alma espartana y prisionera, Reyes escribió su mano azotando mortalmente el picaporte de la puerta de entrada y lanzándose a la oscuridad salpicada de las luces de Luján al pespunte de la madrugada. La noche se abrió en colores, en sonidos, en olores y en huellas de recuerdos incrustados en otros recuerdos y corrió por casi veinte páginas. Con las primeras luces y trinos, Gaspar Reyes volvió a la habitación pero ahora exultante sabiendo ahora que los reflejos más banales de los objetos más impensados ofrecían las más perfectas vías de fuga y él había comprendido en esas dos mil

palabras cómo servirse de ellas para procurarse una verdad o acaso una realidad a su antojo.

En las horas de Luján, Reyes ofreció una minuciosa cartografía de la angustia construida sobre una soledad populosa y el recuerdo de una libertad a la que había renunciado en favor de felicidades regulares que ahora empalidecían a la luz de los zaguanes trémulos y de las veredas húmedas del amanecer de un Luján casi olvidado. Aunque las horas le eran desconocidas, el Luján al que Reyes volvía después de tormentos imprecisos, le había sido ya contado a María en la memoria de los adultos de su niñez.

Por casi trescientas páginas con las que María ocupó casi tres meses con la calma apacible de la voz de Blas, Gaspar Reyes habló con serenidad de una tristeza trémula y ubicua que la aparición paulatina pero implacable de asiduos y habituales que fue forjándose por apetencia en esa ciudad siempre nocturna, le fue disipando.

Fue esa nocturnidad donde Reyes conjuró un perro azul que lo siguió casi hasta el final de la obra. El perro que Reyes se negó a nombrar pero que era reconocible en la profundidad del afecto fraternal de la voz del dueño se fue

adentrando con él en el pasado. Primero como con la tristeza de las amistades perdidas, luego como una esperanza y antes de eso, en un pasado más remoto en donde lo inmemorial y lo mitológico eran indistinguibles uno del otro, como un deseo infantil.

Las horas de Caballito, que hacían a la segunda parte de la obra, afloraron lentas en los resquicios que la memoria abría entre las horas de Luján. Un perfume de violetas en un baldío abría un paisaje de posibles violetas al sol de Plaza Irlanda poco tiempo después de la llegada de Reyes a Buenos Aires. Allí, en las márgenes de la plaza en donde todavía hacían eco palabras dichas con acentos inusuales, se alzaba una figura evanescente siempre vestida de uniforme gris de escuela, siempre cargando con pequeñas colecciones de tapa dura. Anciano y venerable desde su más tierna edad. En estas otras páginas donde Reyes había reconstruido Caballito a una edad más temprana, la figura se erguía augusta, acaso monumental, en las veredas agrestes de Avellaneda. En su primera aparición y tergiversando el tiempo, Lanín se despedía de Reyes y le auguraba una felicidad mansa que sabía que no encontraría y le advertía que la belleza no era más que una artimaña de la

forma humana en busca de la perpetuidad. Esta advertencia era donde se resolvía un sinfín de iteraciones y permutaciones de la palabra perpetuidad que con un tono siempre elegíaco volvían a aparecer intermitentes e insistentes en la primera mitad del libro.

Un poco después Lanín ayudaba a un joven y algo adormilado Reyes a cruzar la adolescencia dándole pausa al indomitable deseo en frases que decía habían sido o seguían siendo celebres y de consecuencia. Las aventuras se multiplicaban así como se multiplicaban los nombres que con la misma velocidad se olvidaban. Esta particularidad de las identidades ajenas y por lo tanto de la propia Reyes reconocía en una nota marginal o en un corolario.

Hacia el final de las horas de *Ferro*, Lanín se instalaba en el final de la infancia de Gaspar Reyes sugerido como una figura evanescente, y oscilante. Según la memoria de Reyes terminaba de hundirse en la neblina primordial de la niñez, Lanín desaparecía agrietando el tiempo como lo hace la estela del perfume en las soledades del después.

Entonces el Rosario emergía de aguas primordiales entre los recuerdos inconsistentes de la niñez en la región de tiempo donde Caballito se diluía. Era al borde

de esas aguas donde empezaba la tercera y última parte del relato.

Después de abrirse paso por calles y ramblas iluminando vistas de la ciudad vibrando en el esplendor de una virginidad antediluviana, un Reyes omnisciente observó que los recuerdos de esos paisajes no le pertenecían y que al igual que las de su nacimiento y las de sus días primeros a las veras del último septiembre del siglo anterior, todas esas horas que se adjudicaba eran, en realidad, ajenas.

Las memorias que Reyes había heredado en fábulas nacidas en la inquietud y la añoranza del exilio porteño de sus padres, poblaban una geografía probable pero estrictamente desconocida que le permitían al impostor recordar con la dexteridad del autor el pasado ajeno. En el Rosario, Gaspar Reyes encontraba a su padre, Alberto, paseando los primeros gestos de la hombría bajo sauces llorones junto al Paraná con un rostro de quince o dieciséis, de traje gris y corbata a cuadros y llevando de la mano uno de sus primeros tabacos. Reyes se le acercaba sin hablarle, sin dejarse ver pero en la sonrisa franca y los ojos verdes podía ya presentir el futuro amor que el libro había dejado unos capítulos atrás.

En el patio de la casa de su abuela, veía a su madre al final de la adolescencia habiendo ya

elegido el nombre Gaspare para la vida que esperaba dar. Cecilia le hablaba a su futuro hijo. Le hablaba de planes, de la capital, de sus estudios, de su futuro y Reyes la escuchaba ahora lejos de la oscuridad de Luján con la que había empezado la obra y que todavía lo esperaba. La escuchaba con detenimiento y la acariciaba con enormes frases llenas de los adjetivos que las yemas de los dedos del hijo dibuja en la cara y en las manos de la madre.

Entonces el Rosario se volvía inverosímil. La ciudad que se extendía en arrabales mansos hasta las últimas páginas de las *Horas de Gaspar Reyes* oscilaba con luces y colores claros en un territorio colmado de una felicidad imperturbable. La muerte desterrada al presente no tenía dominio alguno sobre lo que Reyes llamaba su *civitas laetitia* que prometía seguir creciendo, la ciudad misma como una cosa viva, mucho más allá de la última página de la obra.

En el Rosario se multiplicaban las fuentes de aguas cristalinas en innumerable plazas donde sólo crecían lilas doradas, rosas bordó y dalias blancas y múltiples arcoíris encadenados acompañaban todos los atardeceres que se dilataban por horas y a veces hasta por días en cielos fluorescentes. Los empedrados de las calles pulidos por la

lealtad de pies descalzos resplandecían rebotando en las sonrisas de multitudes de niños que pasaban sus infancias jugando junto a malvones emparrados de innumerables veredas. De noche y de día el Rosario estaba inundada por el perfume de azahares y de jazmines sobre los cuales se recostaba un caleidoscopio de biografías entrañables todas ellas.

Al final, las horas del Rosario se deshacían amablemente en un sueño vívido de algún personaje sin nombre que había sido apenas sugerido en los capítulos anteriores y que no había sido más que un transeúnte en alguna cocina o en algún salón donde muchos se habían congregado para compartir la calidez del café o del vino.

En un momento inesperado, esa sombra liviana y delicada de demiurgo o de padre, grávida de un final perfecto sueña una casa al borde del agua en un tiempo ya en ese tiempo muy remoto. En la terraza frente al ventanal de la casa que aloja a muchas generaciones de Reyes, cientos de pequeñas luces colgando entre los árboles del jardín interrumpen la oscuridad en la que hombres y mujeres de muchos tiempos, todos impecablemente vestidos para celebrar la noche, reciben a un extraño que viene a unírseles. Nunca lo han

visto y él nunca los ha visto pero saben conocerse y se saben unidos por un afecto profundo y misterioso en el que se hermanan las noches, sus días y sus distancias. No hay palabras, solo voces que enlazadas en un rumor constante bordonean bajo todas las otras voces.

En medio de toda esta felicidad, María que sabe estar deslizándose hacia la frase última siente crecer la congoja que se le empieza a instalar entre el pecho y los dedos con los que acaricia el último papel. Entonces da con esta, la última frase de Gaspar Reyes al principio de sus horas y en la que va a morir el libro:

"De esos destellos, todas las luces."

4.

Le costó levantar la mirada de los renglones baldíos del final como cuesta liberar la mano o desatar el brazo en el susurro con el que culmina toda despedida. No quería dejar la página, no quería ver las horas de Gaspar Reyes reverberando en un eco de irrecuperable pasado incluso si lo suponía inevitable.

El silencio de la casa sobre Espinoza a media mañana esperaba atento a que María se

pronunciase sobre la vida que acababa de terminar de atravesar. Pero inundada por las palabras ajenas, la mujer no podía todavía encontrar las propias. El aire que respiraba estaba colmado de recuerdos del año y medio vivido con Gaspar Reyes. Fragmentos, algunos claros, otros confusos, de pagos y parajes a donde Reyes la había llevado y que ahora le pertenecían a su memoria. Frases lúcidas de hombres, palabras tibias de mujeres todos ellos dormidos en las páginas que ahora descubría propias se le mezclaban con memorias de su padre que bien podían serles ajenas.

También era difícil en esas primeras horas en que los párpados húmedos de la mujer buscaban medir la distancia de todas esas otras horas encontrar el pliegue que separaba las páginas de Gaspar Reyes de las palabras de Blas Lozano. Los rostros oscurecidos por la impresión inexacta de esa lejanía y las voces confundidas en la reverberación de un pasado común a todas las vidas y a todas sus ficciones hicieron que las palabras de Reyes le ofreciesen póstumamente a Blas una nitidez que incluso vivo le había faltado y le confiriesen a Reyes la voz clara y grave de Lozano.

La tristeza de María que ahora era dueña de dos duelos, volvía con frecuencia a Luján, al taller que ya no existía pero que todavía se sugería presente y silencioso. Al pequeño cuarto y a su mesa de trabajo, a las herramientas, a los anteojos y en algún lugar de esa tristeza, María encontró a su papá en calma.

Esos lugares bajo esas luces, entendió la lectora, eran la memoria del futuro de las últimas páginas que se volvía a abrir más allá del Rosario, más allá de Caballito y más allá de las noches de Luján. La gran redención consistía en ciertos gestos postreros que le mostraban quizás al autor que todas las felicidades todavía lo esperaban incluso las que nacen sobre los huesos secos de las antiguas miserias.

Y coronando el final, que era el comienzo de las horas leídas, Mará encontró a Blas apoyado sobre el banco de trabajo escrupulosamente liberado de los aserrines y virutas con los que ocupaba sus días, descansando en la calma de las palabras amables con las que había construido su refugio. María lo miraba todavía desde la puerta sin despertarlo. Fue entonces que la hija tuvo la certeza de que en ese lugar y en esas horas resguardadas de la intemperie, Blas Lozano había sido feliz.

